



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI
FOROS DE LITERATURA

FORO:

POESÍA Y CONTEMPORANEIDAD

"Poesía y contemporaneidad. ¿Qué significa la poesía en nuestros tiempos?"

Miércoles 21 de abril de 2010, 12:00 M

Invitados: Rafael Cadenas, Arturo Gutiérrez Plaza, Joaquín Marta Sosa

Moderador: Rafael Arráiz Lucca

MODERADOR RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

Hemos dividido el encuentro en dos partes: en la primera parte, los poetas van a leer cada uno de ellos dos o tres poemas, y en la segunda parte, van a disertar sobre el tema que nos convoca. Antes voy a presentarlos, siempre juzgo que es importante, aunque sean unas hojas de vida muy resumidas.

El poeta Rafael Cadenas, nacido en Barquisimeto, fue profesor en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela de donde hoy en día es profesor jubilado. Ha recibido el Premio Nacional de Literatura, el Premio Nacional de Ensayo, el Premio San Juan de la Cruz, el Premio Internacional de Poesía Juan Antonio Pérez Bonalde, y recientemente fue galardonado en México con el Premio de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, que se titula de Literatura en Lenguas Romances, y que es uno de los dos o tres premios más importantes que se le pueda conceder a un autor en el mundo de habla hispana. Cadenas es sin la menor duda el gran poeta venezolano de nuestro tiempo. Su obra poética comprende: *Una isla*, que se refiere a Trinidad, isla donde ocurrió su exilio político en tiempos de la dictadura de Pérez Jiménez, *Los cuadernos del destierro*, *Falsas maniobras*, *Memorial*, *Intemperie*, *Gestiones* y *Amante*. En su obra ensayística encontramos: *Realidad y literatura*, *En torno al lenguaje*, *Anotaciones*, *Dichos*, *Apuntes sobre San Juan de la Cruz*. La totalidad de la obra del poeta Cadenas está recogida en un tomo publicado por el Fondo de Cultura Económica de México que se titula *Obra entera*.

Joaquín Marta Sosa, también es profesor universitario jubilado pero de la Universidad Simón Bolívar, con una obra poética que se consigue en unos catorce poemarios: *Anunciación*, *Sol cotidiano*, *Para la memoria del amor*, *Territorios privados*, *Domicilios del mar*, *El río solitario* y *Amores*. Toda su obra se encuentra recogida en *Los barcos de la memoria*, una publicación de la editorial El otro el mismo, de Mérida. Recientemente ha sido electo como individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua cosa que nos honra mucho.

Arturo Gutiérrez Plaza, también profesor de la Universidad Simón Bolívar, poeta y ensayista, ha publicado *Al margen de las hojas*, su libro *Principios de contabilidad* y ha obtenido varios premios literarios. Su tesis doctoral ganó el premio del Concurso Anual

Transgénérico de la Fundación para la Cultura Urbana, y está a punto de ser publicada. Es un estudio completísimo sobre la poesía urbana venezolana. De modo que en la Universidad y en el Centro Uslar donde estamos, contamos con el enorme privilegio de estar con estos tres estupendos poetas de diferentes generaciones.

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

Voy a leer tres poemas de tres distintos libros para iniciar este diálogo. El primer poema se llama *De las piedras*:

“De las piedras se habla con envidia,
quizás, porque ellas no hablan.
No fruncen el ceño
y aparentan desatender
lo que a su alrededor acontece.

Obviamente, todo esto es mentira.

No vuelan, pero enseñan a los pájaros a volar.

Se detienen en los abismos, al pie
de los puentes, al margen de los ríos
y desde allí advierten, como anónimos vigías,
los peligros de sostenerse en el aire.

Cultivan además varias lenguas sin poseer ninguna.

Su arte está en hablar por boca de otros.

El aire las recuerda cada vez
que los páramos silban en el viento.
Y los ríos, cuando nos adormecen
con su insaciable ronquido.

Si se agrupan lo hacen
como gesto fraterno, pues odian la soledad.

De ellas se escribe siempre
para hablar de otra cosa.

Su aparente mudez
es tan solo una licencia que Dios les da,
pues así nos interroga.”

Los otros dos poemas que voy a leer son una suerte de artes poéticas, es decir, son poemas que reflexionan sobre la poesía misma, y los leo, dado que el tema que nos convoca es la poesía en nuestros tiempos. El primero de estos poemas se llama *Poética del caminante*:

“De paseo, sin rumbo fijo
veo un zapato solo
a un lado de la carretera,
desalojado, huérfano de pie y de costumbres.
Veo, entonces, por añadidura
un hombre que camina descalzo,
una tristeza adherida al día,
un ojo que escruta
por la cerradura de una puerta
el aire abandonado
de una habitación vacía.

Al referirme a esto
y otras cosas –me doy cuenta –
retomo el hilo
de un obstinado soliloquio.
Apruebo con la frente
el lugar que ocupa
cada presencia a mi alrededor.
Me detengo y anudo con fuerza
los cordones de mis zapatos.
Sólo después sigo mi curso.
Digo, el discurso que dictan mis pies.”

Por último, un texto en prosa poética que se llama *Propósito común*:

“Si supiese qué rumbo persigue lo escrito todo tendría quizás un propósito común. Es como si al ver por la ventana al pájaro que vuela de uno a otro árbol –sin advertirme, sin presentirme- lejos de descubrirlo, le estuviese imponiendo un trayecto sujeto a mi escritura. Es como si la condición para que el pájaro fuese pájaro y no otro su vuelo, fuese habitar anticipadamente en mi cuaderno. Sólo así habríamos de suponerlo. Es como si ya la parte pretérita de nosotros estuviese de antemano dispuesta a ser vivida. No se llama destino porque no hay renuncia, tan sólo perpetuación. Todo consiste en alguien que indaga en la aventura de un pájaro, sin comprender que él mismo traza un vuelo sobre la página que otro antes anotó. Alguien que –como quien ahora lo hace- tenía por tarea, simplemente, mirar por una de entre tantas ventanas.”

JOAQUÍN MARTA SOSA

Voy a leer tres poemas, de tres libros diferentes, y cada uno corresponde a una experiencia distinta. La primera tiene que ver con el día en que me hablaron de un pájaro, del vencejo, cuya extraña característica es que nunca desciende a tierra, siempre vuela. Sólo desciende a tierra en dos ocasiones: en la estación del apareamiento y cuando intuye que va a morir. El poema se llama, precisamente, *El vencejo*:

“Por las noches se eleva

por encima de los cielos más altos;
permanece en ellos, como un quieto monarca,
hasta que el sol resurge por las tierras.
Entonces desciende, canta, llama,
roza los árboles, se inunda de agua,
sin posarse nunca,
sereno en su condena,
incansable, trinador incluso.

Aparece cuando debe,
y salvo en el tiempo
en que la especie se preserva,
vuela siempre, sin reposo,
y en cuanto el día,
como una moneda muerta, cae,
se eleva entonces, otra vez,
vuelve a su inmovilidad
a orillas de la luna.
Se deja llevar en alas extendidas
hasta los remotos auspicios del día que vendrá.

De pronto,
igual que si hubiese
superado una venganza
asciende por encima de la lluvia,
baja a ras de alguna fronda,
y ya no asciende ni desciende:
su condena ha terminado,
y es allí donde la muerte lo captura.”

Este segundo poema es lo que llamaríamos convencionalmente un poema de amor, pero no un poema de amor escrito a una joven o adolescente que tiene todos los atributos de la convocatoria erótica, sino una convocatoria de amor a una mujer mayor, madura:

“Prefiero tu cara
que ya no es joven
ni frescas tus mejillas
pero acogen mis caricias de amor.

Prefiero tus senos rotundos
que el tiempo ha dejado caer
porque son abundantes en sabiduría.

Te prefiero
porque en tu otoño

resplandece la primavera
y sin la desmesura
del verano de los dioses jóvenes
tu invierno será cálido.”

Y de un librito aún inédito cuyo título genérico es *Cartas para Floria*, un poema que es simultáneamente un poema amoroso, un poema sobre el poema, sobre el tiempo y la memoria. Se llama *Oficio del porvenir*.

“Escribiste
no para que alguien las leyera
sino porque flameaban
como la frágil verdad de unas banderas
en los ríos que te hablaron:

El tiempo es un pájaro
Se posa y alza el vuelo

Después árboles y siglos
se consumieron los unos en los otros,
pero no esa alta montaña
donde el centro de tu pecho
en oraciones, vislumbró
la íngrima luz de una cerilla
cortada por el viento,
camino incierto e inevitable,
el intangible,
cuyo rastro es apenas conjetura,
múltiple, plural como las horas,
en todos los senderos,
y casi nunca das con él.

El tiempo es un pájaro
Se posa y alza el vuelo

Igual que palabras y poemas,
esta casa y el amor
por donde los siglos han pasado
y pasarán,
también las vidas
que claman y clamaron
contra el viento,
todo, todo,
se posa y alza el vuelo:

Ni tú ni yo sabremos nunca
a dónde va,
pero sí que el más inquebrantable
de todos sus acordes,
de su silencio limpio,
nos vino con el amor
y en él se posó y alzó su vuelo.”

RAFAEL CADENAS

La segunda edición de *Obra entera* que se publicó en México, contiene doce poemas que se le agregaron al libro, y esa sección se llama *Desde Boston*. Voy a leer un poema muy breve y ustedes se darán cuenta al oírlo de lo fácil que es escribir un poema. *Se necesitan tres (Un ejemplo de Alan Watts)*:

“Sol,
un poco de humedad
y unos ojos
mirando
hacen
el arcoíris”

De este también se puede decir lo mismo. Yo estuve preso en la época de la dictadura de Pérez Jiménez en la cárcel modelo, ahí pasé cinco meses, y después me montaron en un avión y me expulsaron del país. Entonces este poema que forma parte de *Una isla*, se refiere a la isla de Trinidad, donde pase cuatro años, y dice:

“Escribiste: "Estos muros se hacen transparentes cuando te siento.
Mañana traigo los libros.
Te besa”.

Mi libertad había nacido tras aquellas paredes. El calabozo núm. 3
se extendía como un amanecer. Su día era vasto.

El pobre carcelero se creía libre porque cerraba la reja, pero
a través de ti yo era innumerable.”

Y por último, de un libro posterior, *Conjunto residencial*:

“Aquí se vuelve a oír el viento.
Pasa entre los edificios, mece
los pinos, hiela el autocine.

Morador de ninguna parte,
no puedo decirte: Sé tú, fiero espíritu,
mi espíritu.

Sólo hay una espera
en la noche,
pero nadie tiene el ímpetu para hablarte
como en los tiempos del entusiasmo.

Eres lo que eres, una voz solitaria
que resuena en los alrededores de las ciudades.

Las palabras que te dirigían también pasaron
como las alucinantes hojas.

Éste es otro mundo, no hay dirección.
El viento, cuando azota,
golpea en el caos.”

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

Voy a leer dos textos breves que tienen que ver con el tema que nos convoca. El primero de ellos es un texto que escribí hace mucho tiempo en una columna que tenía en el diario **Tal Cual** y que creo es pertinente para la ocasión. Y el segundo texto, es un texto que intenta responder a la pregunta de por qué escribo, que me fuera formulada recientemente para un libro colectivo que está en preparación en la Fundación para la Cultura Urbana.

El primer texto se llama *Lectores de poesía*: “En 1991, un poeta ruso nacido en 1940 que había sido sentenciado a trabajos forzados por “parásito social” en su país natal, y que luego se había exilado en Estados Unidos en la década de los 70, donde adoptó una nueva nacionalidad, fue contratado como funcionario de la Biblioteca del Congreso. Su tarea: hacer un estudio sobre el público de poesía en ese país. Su nombre: Joseph Brodsky. Uno de sus galardones: el premio Nobel de Literatura en 1987. Los resultados de su labor fueron recogidos en una conferencia titulada “Una proposición inmodesta”, pronunciada en Washington DC en octubre de 1991. A continuación enumeraremos, *grosso modo*, algunas de sus conclusiones y propuestas:

1. Las estadísticas no son el instrumento para medir la relación de la poesía con el lector.
2. La poesía (tanto su lectura como su escritura) constituye un arte individualizador, mucho menos social que la música o la pintura
3. La proporción de lectores de poesía en cualquier sociedad es muy reducida. A lo largo de la historia, el público aficionado a la poesía no parece haber superado el uno por ciento de la población.

4. Aquellos que denominamos clásicos deben su reputación a la posteridad y no a sus contemporáneos. Es en la posteridad donde encontraron el volumen de lectores que merecían desde el principio.
5. La distribución de la poesía no debería basarse en criterios de mercado, pues tales estimaciones reducen, por definición, el potencial existente. Se supone que los obreros no leen a Horacio, ni los granjeros a Montale o Marvell.
6. En el ámbito cultural no es la demanda la que origina la oferta, sino al revés.
7. La poesía debe estar mucho más al alcance del público de lo que está. Habría que considerarla un bien de primera necesidad, como la electricidad o el agua, para ello es necesario aumentar los tirajes, abaratar los costos, lograr el menor precio posible y distribuir masivamente. Llevar el libro no sólo a la librería sino al automercado y a la salida de la fábrica.
8. No se sabe qué es peor: quemar libros o no leerlos, pero entre ambos extremos podría incluirse la edición de esas cantidades simbólicas.
9. Dejando de leer o de escuchar a sus poetas, la sociedad se condena a formas inferiores de expresión: las de los políticos, los vendedores, los charlatanes.
10. El objetivo de la democracia no es la propia democracia: eso sería redundancia. El objetivo de la democracia es la ilustración. De no hacer esto difícilmente se llegará a ella y la cultura será sustituida por la video-cultura. La democracia sin ilustración es, en el mejor de los casos, una jungla con orden público y con un único gran poeta en calidad de Tarzán.

Esta breve lista, donde con esclarecida diafanidad y sencillez Brodsky ofrece sus recomendaciones, da cuenta de la importancia de la poesía como la más alta forma de expresión de los poderes de la lengua y la cultura, reservorios insustituibles para el desarrollo y sustento de una ciudadanía capaz de habitar una sociedad tolerante, plural y democrática. Y por sobre todo, de hacer de cada individuo que la conforme una conciencia constructiva, crítica y libre, dispuesta a resistir los embates de todo tipo de mordazas: tanto las impuestas por las leyes del libre mercado como por las vocaciones autoritarias que insaciablemente profesan utopías regidas por la única verdad de un caudillo. Las propuestas de Brodsky son las de un ciudadano que conoció ambas amenazas. Pasados casi veinte años pareciera aún mayor su vigencia.

El segundo texto intenta responder a la pregunta de por qué escribo. En el texto hay varias reflexiones en torno a la conversación que tenemos hoy. *¿Por qué escribo?*: “La escritura, al menos la que encaro como emprendimiento literario, responde a una pregunta siempre postergada, desplazada, desconocida. Es la respuesta a una interrogación apenas intuida desde la escritura misma. Surge como indagación en el misterio de eso que llamamos realidad, siendo ella parte sustancial de tal enigma. La pasión de la que nace también se aleja de las explicaciones derivadas de la conciencia volitiva, se impone como necesidad, como imperativo consustancial a la vida. Si en el orden fisiológico pudiéramos afirmar que comemos o respiramos para no morir, por instinto antes que por voluntad, la escritura literaria, junto al amor, son respuestas que la vida se da a sí misma: exigencias que la vida nos impone para saber que vivimos, que hemos vivido, o mejor, que aún seguimos vivos. Hablo de mi experiencia. En lo que toca a la escritura poética, en particular,

tal exigencia responde además a una convicción, la de que hoy en día, si algo ha de ser la poesía, las raras veces que verdaderamente la hallamos, es comunicación esencial. Para la inmensa mayoría, naturalmente, esto suena hueco. Suena a simple retórica o a vacua ideación extemporánea. El ruido que nos rodea y moldea, la preeminencia de las convenciones exteriores, la inmediatez y la superficialidad hacen residual todo llamado o reclamo espiritual, y por ende toda posibilidad de diálogo con nosotros mismos: estadio necesario y germen de la verdadera aproximación al otro. Concebir la palabra como puente hacia el asombro, hacia la duda y hacia el misterio luce como una tarea de pragmática insensatez, no sólo en los predios del ciudadano que de ordinario llamamos común, sino incluso en los círculos cercanos al saber elitesco, propio de los espacios universitarios y académicos. Una concepción plagada de viejos clichés, que entiende la poesía como el reducto privilegiado de la sensiblería, el decorado verbal y la irrefrenable espontaneidad hace aún más cuesta arriba la comprensión del fenómeno poético. Por otra parte, resulta de difícil aceptación en el seno de una cultura de masas, llamada ahora globalizada, acostumbrada a la sobreestimación del espectáculo y la fama como valores rectores, asimilar que el lugar de ésta ha de ser siempre el margen, lo reducido, lo subterráneo. Octavio Paz, al referirse a ella, decía: "hoy es ceremonia en las catacumbas, rito en el desierto urbano, fiesta en un sótano, revelación en un supermercado". "En la poesía encontramos -afirmaba María Zambrano- directamente al hombre concreto, individual", nunca al hombre-masa. Por eso, se trata de una comunicación que principia habitando una soledad y termina acompañando a otra. Es el diálogo entre dos solitarios: un hombre y otro hombre. No puede ser de manera distinta. No hay modo de hablar con un tú sin aprender primero a hablar con nosotros mismos, y eso no parece tarea fácil en tiempos donde la soledad es anatema, anomalía o rareza indeseable. Hoy vivimos, más bien, un tipo de soledad masificada, colectiva, uniforme, compacta. Una soledad *light*, desprovista de conciencia, distraída y aturdida, patética y anónima, competitiva y repetitiva. Una soledad que nos distancia de nosotros mismos y donde la poesía no pasa de ser un *slogan* publicitario con escasos lectores. En tiempos como los que vivimos, a veces pareciera que la labor del poeta respondiera más bien al deseo de dejar testimonios de un oficio inútil, para el estudio de futuros antropólogos y arqueólogos, acuciosos excavadores de las ruinas del porvenir. Sin embargo, tal evidencia, la de su inutilidad, es quizás la mayor garantía de su permanencia y extraña primacía. Ajena, no por voluntad sino por su propia naturaleza, a las disposiciones del mercado, instancia sustituta de las antiguas cortes y de los predios del poder eclesiástico donde se debatían las plumas de los poetas y versificadores del pasado, su relegación deriva por persistencia en religación: en el acto de (re)ligar, de (re)unir al hombre con las preguntas esenciales. En tal medida, se trata de una experiencia religiosa, en el ámbito más radical del término. No como ritual para convocar la aceptación de preceptivas dogmáticas, ni prédicas dispuestas para imponer sucedáneas verdades sancionadas por diversas formas de institucionalidad, a lo largo de la historia. Esta aseveración no supone tampoco la asunción de un lenguaje solemne, grandilocuente o hermético, como los modos de expresión verbal más cónsonos con la gravedad de tales asuntos. La oscuridad no está casada con la profundidad, pues la inmanencia del misterio no se disimula ni sustituye con máscaras. El mismo Lezama Lima, cultor hermético por excelencia, se preguntaba: "¿Qué es lo difícil? ¿Lo sumergido, tan solo, en las maternales

aguas de lo oscuro? De “difícil claridad”, para referirse a la poesía de Góngora, hablaba Dámaso Alonso. Y aunque acuñaba la frase aludiendo a las estratagemas poéticas recurridas por el poeta cordobés, vale la pena hacer uso de ella para los efectos aquí apuntados. Creo, además, que la sensibilidad y la inteligencia pueden y deben pactar con la emotividad y la ironía. Al fin de cuentas esta última, como he dicho en otro lado, “no es asunto de elección”: “Es una imposición de la realidad que acosa al lenguaje”. Y si el misterio no es exclusivo privilegio de las sombras, tampoco es ajeno a lo cotidiano, a lo aparentemente efímero o insignificante. Y si esto es verdad para referirnos al misterio que rodea las cosas del mundo, “la realidad”, es también respecto del lenguaje, que es parte de ella y participa de él. Tal vez el mejor modo que tengo de decirlo, sea de nuevo recurriendo a alguna nota surgida previamente a éstas. En aquella ocasión, así como ahora, me tracé como propósito lograr: “Un lenguaje que encubra (y descubra) sin hacerse notar, que oculte (y revele) con sigilo. Un arte de lo mínimo (o con una *m* menos, de lo nimio), tras el cual surja, sin excesos, la afirmación del enigma”. Por eso escribo.”

JOAQUÍN MARTA SOSA

Voy a empezar por dos revelaciones autobiográficas que responden bien a la pregunta de cómo llegue a la escritura. La primera, y no se asusten por el modo en que la enuncio, es que en el pueblo donde nací, una aldea perdida en el norte montañoso de Portugal, el único milagro que ha ocurrido lo provoqué yo: iba a misa con mi abuela que era más o menos beata, y escuchaba al cura decir su homilía —en ese entonces la homilía no se decía desde el altar como ahora sino que el cura se subía a un púlpito que estaba situado bastante cerca de las vigas del techo de la iglesia—. En uno de esos oficios, sin que mi abuela se percatara, subí las escaleras y llegué al púlpito que era muy alto y yo entonces también era bajito —en eso no he cambiado—, y desde el púlpito lo único que se veía era el perfil de mis uñas, entonces dije: “dejad que los niños vengan a mí”, las beatas miraron y no vieron nada, la voz retumbaba en aquella bóveda, y se echaron al suelo, se arrodillaron, lloraron “¡milagro, milagro!”. Entonces el cura fue, me buscó, y luego de la regañina consiguiente le dijo a mi tío-abuelo, que es el personaje más importante de mi vida infantil, “puede ser que este niño tenga el don de la palabra” pero él no pensaba que el don de la palabra podía ser poética sino que era el don de la palabra cural; vio en mí el proyecto de un cura.

Cuando llegue a Venezuela e intentaba hablar a mis seis años más o menos recién cumplidos, me salía lo que ahora se llama “portuñol”, y ustedes saben que hay pocas cosas más crueles que un niño, y las burlas de las que yo era objeto eran tan terribles, tan espantosas, tan sangrientas, que el día que me di cuenta que más o menos lograba hablar bien el idioma, me uní a los amigos con los que estaba aprendiendo a jugar beisbol y les dije: “yo voy a hablar mejor que ustedes”. Creo que esas dos son las fuentes del por qué yo me dedique a interesarme por el idioma, por la escritura, por la palabra, y aquí estoy.

Con esto lo que les quiero decir es que los poetas, y aquí tenemos cuatro ejemplos, somos personas normales, comunes, corrientes, si nos ven por la calle nadie dirá: “oye, ahí va un poeta”. No hay ningún signo externo, no somos como los románticos con largas

cabelleras, ni vamos pálidamente pegados a las sombras de las paredes, no todo nos perturba. Somos gente normal, unos más extrovertidos que otros, unos más chistosos que otros, a unos les gusta el beisbol, a otros el fútbol, queremos, odiamos, sentimos hambre, vamos al baño, en eso no hay diferencia alguna. Es decir, que así como Gramsci decía que todo hombre a su manera es un filósofo, aunque no lo sepa, yo diría también que todo hombre a su manera es un poeta, aunque no lo sepa. Pocas cosas hay más poéticas que enamorarse, o quedarse viendo de pronto la lluvia que cae una tarde después de tantos meses siendo añorada, en fin, nuestra vida está llena de posibilidades poéticas independientemente de que les demos o no les demos uso.

La poesía sufre un problema importante, y es que la poesía fue probablemente la primera de las artes, es en ese sentido arcaica. Fue la primera manera de comunicación relativamente masiva aparte del discurso religioso. Tenemos a Homero, el Poema del Mio Cid, los poemas sobre los triunfadores olímpicos de Píndaro, todo eso está allí en el más remoto origen de la poesía. Eso lo estamos pagando ahora porque se nos ve como un arte escasamente moderno, escasamente contemporáneo, una cosa que forma parte de los tiempos en los que hombres y mujeres intentaban a duras penas humanizarse un poco más. Pero hubo un momento en el que la poesía era el gran arte de la comunicación. Hablé de Píndaro, bueno, Píndaro fue el primer periodista deportivo que hubo en el mundo, así como Homero a su manera fue el primer chismoso de la tierra que contaba el asunto de los dioses, y que ocurría dentro de las casas de Troya, y cosas de ese tipo; Homero hubiese sido un extraordinario cronista social. El tiempo ha pasado y no ha pasado en balde, y en esta contemporaneidad haciendo una relación, confieso anticipadamente un poco esquemática, diría que el valor de la poesía consiste en el valor que ella ha tenido siempre. La poesía más o menos va contracorriente, luego hay un periodo en el que la poesía es digerida por el estómago de la rutina y pasa a convertirse en una cosa carente de riqueza, de fascinación, de hechizo, pero luego se va a recuperar y por eso cambian los estilos poéticos, las escuelas poéticas, los poetas escriben de otra manera. Está como reciclándose permanentemente después de algún periodo de oscuridad, o de empobrecimiento extremo.

La poesía hoy también está contracorriente con respecto a algunos de los componentes de la contemporaneidad de todos los hombres. La primera es la poesía ante la masificación y la cosificación propia de este tiempo, todo es masivo, todo se convierte en cosa. Como decía hace tiempo un filósofo francés: "incluso lo que parecía imposible de convertir en cosa, que es la muerte, se ha convertido en eso". Cuando usted ve por ahí una oferta de una funeraria que dice que su muerto quedará tan hermoso que parecerá que está vivo, lo que está es cosificando la muerte, vendiéndola como una mercancía más. Frente a la masificación y a la cosificación la poesía subraya la soberanía y la autonomía del yo, del mío, lo cual no significa que subraye el ego, lo egoísta, lo excluyente, sino que está subrayando el hecho que es auténticamente propio y colectivo, a fin de cuentas, toda mujer y todo hombre, es una persona intransferible, cuyo destino es intransferible, y cuya biografía sólo a esa persona le pertenece. Ahí apunta la poesía, siendo un animal comunitario y social, la especie humana está configurada por islas en un inmenso archipiélago.

La contemporaneidad, por ser masificadora y cosificadora, también se caracteriza por la exterioridad, porque aquello que ocurre fuera de nosotros, que puede ser visto y convertido en noticia o en imagen, es lo que nos interesa más. Eso se ve mucho en lo que le cuentan a uno del tipo de cine que les gusta y dicen: “Es que esa película es muy lenta”, “es que en esa película no hay efectos especiales”. Los efectos especiales falsifican la vida, por un lado eso puede ser un efecto poético, convertir la vida en otra vida, pero por otro lado es un hecho mentiroso y la poesía lo que pretende es revelar verdades. Y lo de la lentitud es que en esa película casi nunca ocurre nada, por opuesto a lo rápido, a lo veloz, donde uno observa al final que si en un tiempo mínimo ocurren muchas cosas, normalmente nada de lo que ocurrió es importante, y nada de lo que ocurrió es distinto a cualquier otra cosa que haya ocurrido, es decir, perfectamente olvidable. La poesía es puesta por la interioridad, por el tiempo lento, hondo, reflexivo, autoconsciente. La nuestra dicen es la edad de la imagen, una imagen vale más que mil palabras, yo creo que es a la inversa, una palabra vale por mil imágenes. Qué imagen le va a pintar cualquiera de ustedes a la persona que quiere para convencerla también de que debe quererlos, qué imagen supera una palabra: amor, o tres palabras: yo te amo, ninguna. Cuando se ha intentado hacer, salen películas imbéciles, fútiles, tontas, en fin, llenas de cosas que al final se desmoronan como la ceniza en el viento. La palabra, insisto, es el gran recurso de la especie humana. Somos, dice alguien, el animal que habla.

Nuestra época parece ser en parte la época de la futilidad, de las cosas que se cambian, que se recambian, que se sustituyen unas a otras, y de allí que una de las cosas que crece más en el planeta sea la basura y el embasuramiento. La poesía intenta ser todavía el discurso, el texto, la espiritualidad del compromiso, es decir, del estar viviendo con el otro, y estar viviendo con el otro manteniendo la dignidad de lo que es propio de lo humano, la libertad, la independencia, el pensamiento soberano, la lucha contra la sumisión, la lucha contra las diversas formas de dictaduras, tiranías, y como dice Rafael Cadenas en alguno de sus dichos: “donde la sociedad puede ser derrotada es sólo en un lugar, en el pecho de los hombres y de las mujeres”. Que ese pecho siga siendo libre es la misión de la poesía. La nuestra es una época tecno-científica, en fin, la comunicación en tiempo real, instantánea, inmediata, todos nos comunicamos sin decirnos nada. La poesía lo que pretende es que aunque ella comunique no a todos, por lo menos diga desde la conciencia, desde la intuición.

Y por último, la nuestra es una época que otra vez, porque no hay nada nuevo bajo el sol, pretende rescatar la idea de cómo hacernos inmortales. Eso es una cosa del siglo III, del siglo II, probablemente de antes de Cristo, los bálsamos de la eterna juventud, la búsqueda del Dorado donde nunca envejecíamos ni moríamos. Hoy, ¿qué hacemos?: trasplantes capilares para los calvos, que dejan de ser calvos, Botox para las que creen que tienen labios muy finos y eso no es suficientemente sensual, prótesis que hacen que los cuerpos terminen siendo de otro tipo, medicinas naturistas o no naturistas para que el cuerpo se oxide menos, en fin, vamos haciendo de nuestro cuerpo exactamente lo mismo que hacen en el norte con las ocas, las alimentan para que vayan más gordas al matadero, es decir, al final iremos a la muerte. Y la poesía lo que nos dice es eso, somos seres mortales, y debemos reconciliarnos con la mortalidad que es propia de nosotros porque

sólo eso hace que la vida tenga valor. Si la vida fuese eterna ¿de qué valdría? Vale, porque la vida es justamente escasa, y el poema lo que dice es: este valor escaso aprovéchelo usted a fondo, profundamente, y al final, la poesía puede quedar como nuestro rasgo sobre la tierra. Un poeta griego decía: “yo escribo para que la muerte no tenga la última ni la única palabra”. Creo que es así, pero también por lo que decía Luis Cernuda, un poeta español, y espero que no estuviese él desencaminado: “el poeta vive en la soledad del farero, vive aislado en las afueras, pero con la intención de evitar el naufragio de las ilusiones colectivas”. Yo no sé si es verdad, pero me suena estupendamente hermoso.

RAFAEL CADENAS

La poesía siempre ha sido asunto de minorías. Incluso la poesía llamada sencilla no tiene muchos lectores.

Voy a contarles cuál fue mi primer contacto con la poesía. Cayó en mis manos un libro de poesía, sobre todo romántica, de Venezuela; se llamaba *El parnaso*. Leyendo de esos poemas pensé que también podía escribir en esa forma. Poco después leí también un libro de Andrés Eloy Blanco, *Poda*, y más tarde a Rubén Darío, pero mis primeros intentos fueron realmente malos. Esa afición mía lectora tiene que ver con mi abuelo; él era un general, ese era el título que le daban al menos, había peleado en una de esas guerras nuestras pero tenía algunas lecturas, entonces él me contaba el argumento, por ejemplo, de *Don Juan Tenorio*, y yo salía disparado a comprar el libro en la única librería que había en Barquisimeto, pero que tenía muy buenas obras, tenían, por ejemplo, los libros de la colección Sopena, entonces me llevaba el libro y lo leía, eso pasó con *Hamlet* y pasó también con el *Noventa y tres* de Víctor Hugo. Hace poco estuve en Valladolid, me invitaron a leer en la Casa de Zorrilla, entonces para mí eso fue un motivo de emoción porque recordé a primera lectura de *Don Juan Tenorio*, y le conté a los españoles que estaban presentes, en esa casa pequeña que se usa para reuniones como esta, y al lado de la entrada está el coche que usaba Zorrilla, un coche por supuesto tirado por caballos.

La poesía tiene dos sentidos: uno, es ese que está en todas partes, en nuestras vidas, en el aire, acecha siempre, y está presente en las otras manifestaciones artísticas, entonces podemos hablar de la poesía de un cuadro, de una escultura, de una pieza musical, de un bolero, y es algo que tropezamos en cualquier lugar, hablando con un niño, el lenguaje de los niños es poético, de él brota precisamente la poesía en el sentido en que estoy hablando. El otro, es la poesía ya como escritura, algo que se hace con palabras, como le decía Mallarmé a un pintor que quería escribir poesía, pero le decía que no tenía ideas, y Mallarmé le contestó de esa forma: “la poesía se hace con palabras”. Esos, creo que son los dos sentidos que tiene la palabra poesía. Voy a leer un pasaje del texto que utilice en Guadalajara porque creo que viene muy al caso. En este texto digo que lo que se entiendo hoy por poesía es algo muy diferente a lo que se acostumbraba sobre todo hace muchos años. Una persona que considere que la poesía es la que uno puede encontrar en algún poeta romántico, o incluso en Rubén Darío, quizás hoy lo que se hace en poesía la desconcierte. Digo yo en el texto: “Ya no es lo que se entendía por tal, hasta los años del simbolismo y del modernismo hispanoamericano, que todavía conservaban los componentes heredados aunque modificándolos sin mayor exceso” Entonces eso crea un

problema para la persona que hoy escribe por sí, los moldes se han perdido, entonces tiene que inventar cada poema. Desaparecieron los modos tradicionales lo que ha obligado a buscar otros para llenar el vacío que dejó aquella devastación. Cuando hablo de devastación me refiero a los movimientos que comenzaron a principios del siglo XX. Ya no hay las estrofas que conocíamos, pero el poeta tiene la libertad de disponer los versos como lo desee, el espacio pasa a ser significativo, la puntuación se quita o se emplea de manera inusual, cada verso puede iniciarse con mayúscula o todo el poema estar escrito en minúscula, como el ritmo es imprescindible, hasta el hablar lo lleva, se torna dominante. El poema permite términos antes inadmisibles, se amplía, se prosifica, en él pueden no entrar palabras poéticas pero aún sin ellas estar ahí la poesía, pierde terreno la metáfora, la expresión tiende a hacerse directa, se encuentra lejos de aquello que según Ortega y Gasset caracteriza la poesía: eludir el nombre cotidiano de las cosas, para que nos ponga ante el dorso nunca visto del objeto de siempre. Me detengo aquí un momento porque este rasgo se me antoja centrarlo, llamar 'citaras de plumas' a los pájaros es sin duda bello, pero nadie escribiría algo así en nuestro tiempo. La tendencia va en sentido contrario. La poesía parece estar hecha de evitaciones, en los talleres de poesía la enseñanza es sobre todo negativa, se aprende lo que no se debe hacer, pero al mismo tiempo se busca compensar lo perdido con innumerables recursos de los que apenas he mencionado algunos, y cuando alguien usa una forma tradicional, lo hace con rubor, se disculpa, o atribuye su creación a un heterónimo como hacía nuestro querido Eugenio Montejo, que por ejemplo las coplas que escribió se las atribuyó a un personaje inventado por él, Sergio Sandoval, y lo mismo hizo con un conjunto de sonetos que se los asignó a un poeta nórdico. Sin embargo, Jaime Siles señala como uno de los rasgos de la última poesía en nuestra lengua la vuelta a la métrica, a la rima y a la estrofa, en el libro *La poesía nueva en el mundo hispánico*. No estoy muy convencido con esa afirmación del poeta español, yo creo que esas formas son irrecuperables porque cada época tiene su modo de expresión propia, el poeta ya no cuenta con los asideros formales que le servían de apoyo, debe crear cada vez la forma del poema o ella va surgiendo. Los poetas antes de que ocurriera este cambio, sencillamente decidían si iban a utilizar el terceto, o el romance, y llenaban ese molde. Incluso los poetas de la generación del 27 en España, emplearon esas formas tradicionales pero las llenaban de un sentido muy moderno.

El texto que he usado de guía está en el último *Papel literario* de El Nacional, entonces digo aquí que a la poesía se le exige demasiado, y cuento lo que nos preguntó en París, y digo que fue una pregunta como para hacérsela a Dios, si es que existe, si es que es humilde. La pregunta era sobre si la poesía podía salvar al hombre, y hay un bello poema de un poeta que admiro mucho que es Czeslaw Milosz, que dice:

“Tú, a quien no pude salvar,
escúchame.
Comprende mi hablar sencillo porque me avergonzaría el otro.
No hay en mí, lo juro, la hechicería de las palabras.
Te hablo silencioso, como una nube o un árbol...”

...¿Qué es la poesía si no salva
naciones ni hombres?
Complicidad de mentiras oficiales,
canción de los ebrios antes de caer degollados,
lectura de una quinceañera”

Comento aquí que se trata de una misión épica. Finalmente siento que la poesía está dentro y fuera de la historia, se sitúa más allá de todo confinamiento ideológico, rechaza los fanatismos, ama la justicia pero no quiere que se socave la libertad, por su talante cordial está reñida con todo tipo de violencia, como dejo de ser ingenua la épica no la seduce, hoy sabe lo que mueve a los héroes, sabe que ellos no desean verse a sí mismos, sabe que ignoran su sombra, pero estas son sutilezas para nuestro mundo.

RONDA DE PREGUNTAS Y RESPUESTAS

(INTERVENCIÓN DEL PÚBLICO)

JOAQUÍN MARTA SOSA: Respecto a internet tengo la impresión, aunque soy bastante ineficiente en el paseo por esos espacios, que se ha convertido en un medio de comunicación de la poesía entre poetas y no poetas bastante poderoso, enérgico, yo encuentro blogs que se suceden unos a otros, interconectados, de participación, interactivos, y ya les digo yo no soy especialmente diestro en cazar esas liebres en el ciberespacio.

Recurriendo a mi propia experiencia, entonces cuando yo tenía la misma edad de estos que se escriben, intercambian y comunican su experiencia poética, yo no tuve oportunidad de hacerlo, el modo de comunicación que era la palabra escrita o la reunión no tenía el mismo poder, la misma capacidad de conectar y poner en comunión a tanta gente. Tengo la impresión que al final del camino va a resultar que la híper-tecnología vinculada a internet a lo mejor ayuda a una expansión, a un despliegue de la poesía como desde hacía mucho tiempo no se conocía.

Con respecto a la experiencia poética solamente puedo relatarles la que estoy viviendo ahora en un taller de poesía, que está bajo mi responsabilidad. Ese taller se divide en dos mitades en cuanto a la población que lo conforma, una mitad son estudiantes universitarios y la otra mitad es gente mayor; uno que fue botado de PDVSA a causa de la huelga, una señora que es contable, otra señora que es administradora en una escuela primaria, en fin, gente buena, sencilla, un economista hay por allí, y lo que encuentro interesante es que cuando ellos descubren que hay otra poesía lo primero que hacen es reclamar: “no profesor yo vine aquí para que usted leyera a Rubén Darío, la poesía rimada, la cosa que suena, lo que canta Serrat”. Y ya sabes que tienes un obstáculo que trabajar con ellos, y cuando descubren las posibilidades que abre la poesía de vanguardia o moderna, comienzan a escribir con una ferocidad verdaderamente sorprendente. La gente de pronto descubre que hay una voz que circula en la contemporaneidad pero que ellos suponen que no es la voz de la poesía, que la poesía es una voz rara, distinta, dispar, diferente, y descubren que no, que la poesía, citando de otra manera lo mismo que ha dicho

Cadenas de Ortega, la poesía es la que nos ayuda a ver el otro lado de la luna. Todos sabemos que la luna tiene otra cara, la que nunca vemos, la que nunca miramos, que apenas intuimos.

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA: Recuerdo una anécdota que contaba Eugenio Montejo referida al poeta Fernando Paz Castillo. Contaba Montejo que caminando por el vecindario de Paz Castillo, llevándolo por el brazo, en algún momento le pregunta: “maestro, qué cree usted que ha cambiado en el mundo”, a lo que Paz Castillo responde: “no, realmente nada, sólo la velocidad”. Es decir, todo. Cuando se habló del concepto de la sobre-modernidad, esos son lugares que habitamos hoy en día. Las mismas contemplaciones de otro post-moderno Paul Virilio habla de que la velocidad es precisamente el factor que ha cambiado radicalmente la existencia contemporánea, por la que caemos en estos nuevos espacios como es internet donde se dan grandes paradojas, porque por un lugar internet es ese espacio de los no lugares, donde todos transitamos, pasamos y seguimos, donde el anonimato es posible a tiempo completo, veinticuatro horas, pero por el otro lado digo que es paradójico porque pareciera ser un espacio donde también existe la posibilidad de un tipo de comunicación por la que ya estamos inhabilitados para tener una confrontación cara a cara.





